

## LA FLOR DEL OCHÍO

### II

Nunca había deambulado tan solo en el mundo  
privado del ánimo que solía abanderar mi verso,  
en estéril polvo la roca se desguaza a mi paso  
y hay una anestesia terrible en esta ruina de vertedero.

Horriblemente solo vago en el páramo que devastamos,  
se derrumban propósitos y arcaicos despojos a mi lado,  
se deshacen madrugadas perdidas, desvelos  
escombros de aquellos tantos besos, todos olvidados.  
¡Qué baldío silba ahora el céfiro lejano  
y cuánto fantasma de su indolente faz  
y su impoluta calavera agotada,  
en su yerma caricia ha arrancado!

Este viento hostil me golpea la lacerada cicatriz del labio  
y qué hastiado, asfixiado me encuentro,  
náufrago en el tedio de las mortajas del recuerdo.

A veces, merodeo tus pasados espejismos en la grava,  
mas ya nada ni nadie a esta alma en pena aquí acompaña,  
con la voz rota, con la amnésica jaqueca a la espalda,  
recitarte quiero esta última nana desgarrada.  
¡Vamos olvido! Apodérate de este fantasma  
en tu uniformidad, en tu desvencijar de sustancia.  
¡Apágame el pecho, deshazte de mis cenizas!

¡Ah, y si llegaras a saber algún día...  
cuánto me rompió esta inepta alma  
aquellas de tus preciosos ojos fijos lágrimas,  
aquellos luceros que nunca debieron derramarlas!  
Siempre en el inflexible ojo del huracán errados,  
siempre tercos, enfrentados, tan agraviados e indomables.  
Amor, siempre mi amor... ¡Lo hemos conseguido!  
Nos hemos perdido para siempre.